

A photograph of a woman with dark hair, wearing a purple huipil with white star-like patterns, standing on a beach. She is looking off to the side with a slight smile. In the background, there is a sandy beach, waves, and a crane on a pier under a clear blue sky. A tree trunk is visible on the left side of the frame.

# Cirila

## UN TEJIDO DE ORGULLO POR LA IDENTIDAD

Las modas cambian y hubo épocas en que usar rebozos, blusas de manta o huipiles bordados fueron sólo eso: moda; sin embargo para Cirila es parte del orgullo de su raza, de su etnia, de su identidad indígena. Es chatina de Santa Cruz Tepenixtlahuaca, Oaxaca, y mientras luce oronda su huipil blanco bordado con hilo morado, afirma segura que lo único bueno de que otras porten estos textiles es “que las artesanas venden sus vestidos”. Sin embargo, ella sabe que engalanarse con estos ropajes no siempre surte el efecto de admiración que se desea, muy por el contrario provoca actitudes de discriminación y más, si quien los usa es una mujer de piel morena y rasgos indígenas.

Por eso para Cirila esta vestimenta tiene un significado mayor, con ella enfrenta la discriminación, una realidad que la ha perseguido siempre, tanto en los círculos sociales como en los políticos, porque esta chatina de la Sierra Madre del Sur ha destacado como líder social, pero también ha llegado a ser diputada local, federal y senadora por su natal Oaxaca.

**“Pienso que estamos en el camino y que tenemos que cambiar,  
pero todos juntos.”**



Con todo y su investidura legislativa, en alguna ocasión Cirila llegó involuntariamente tarde a una cena en Los Pinos. “Una no puede ocultar que es indígena, y como no me dejaron pasar a la cena a la que estaba invitada, pues tuve que esperar en la puerta.” Un funcionario la reconoció “y les explicó a los de seguridad que yo era la Senadora Cirila Sánchez, entonces las puertas se abrieron. Por supuesto no hubo ninguna disculpa”, recuerda.

### **El permanente regreso al hogar**

Cirila Sánchez Mendoza tiene ahora 52 años, pero en su lejana infancia, cuando el destino era apenas una madeja por desenredar, su vida se tejía con los telares de la costumbre y la tradición. Siendo la mayor de los cinco hijos que tuvo el matrimonio de Moisés y Rosa Elia, Cirila empezó a recibir peticiones de mano desde los nueve años de edad. Renuente, su padre rechazó sistemáticamente las solicitudes argu-

mentando que su hija estudiaría. Como la consideraban muy niña para esos menesteres, optaron por enviarla a San Miguel Panixtlahuaca, un municipio distante cuatro horas a pie del Santa Cruz que la vio nacer. Allí viviría con un tío lejano y tendría la oportunidad de terminar sus estudios de primaria, pues en su pueblo la escolaridad llegaba hasta el segundo grado. Pero Cirila era tan pequeña para el matrimonio, como para dejar la casa materna. Añorante de los bra-

zos de su madre y del afecto de su abuelo materno, don Ildefonso, sin pensar en el largo camino y sus vicisitudes, regresaba “cuando veía a gente de mi pueblo pasar, la seguía a cierta distancia y me iba con ellos, lo que yo quería era estar en la casa con mi familia y no me acostumbraba a vivir lejos con gente que apenas conocía”. Una vez en casa, no faltaba quién se admirara de la capacidad de esa pequeña para volver, sin embargo, sus padres siempre consideraron





**Corroboró y combatió a maestros de Educación Indígena sin escrúpulos, que sin mayor compromiso docente asistían a las comunidades sólo dos veces al año: una para que las autoridades municipales les sellaran sus documentos de inicio, y otra para la clausura.**

que ella debía estar en la escuela de San Miguel. Al abuelo Ildefonso le tocaba llevarla. Al llegar, recuerda Cirila, la acurrucaba en sus brazos, esperaba a que el cansancio del camino la venciera y “cuando despertaba, ya no estaba el abuelo, se había ido muy de madrugada y yo me deshacía en llanto”, cuenta con cierta tristeza en su rostro maduro. Fueron tantas las veces que regresó al hogar, que sus padres decidieron, para el siguiente año escolar, que Cirila iría aún más lejos, hasta Santa Catarina Juquila, cabecera de distrito, que se ubica a cinco horas caminando “de subida”. De esa comunidad sería más difícil volver, entre otras razones, porque la gente de Santa Cruz Tepenixtlahuaca no acostumbraba a ir tan frecuentemente, a pesar de ser el centro comercial de aquella zona.

### **Discriminación y abuso**

En Juquila, Cirila fue alojada en la casa de un matrimonio conocido de sus padres. Ahí la niña, que hablaba chatino y aprendía rápidamente el castellano, se levantaba muy temprano para preparar el café y hacer algunos quehaceres antes de irse a la escuela. Los sinsabores de ser mujer y pertenecer a una etnia, Cirila empezó a sufrirlos a sus escasos 10 años. En Juquila, la gente

hace muchas diferencias entre los indígenas y quienes no lo son. Moisés y Rosa Elia pensaron en regresar a Cirila al pueblo, pero ella ya le había tomado el gusto al estudio, así que pidió quedarse con doña Zenaida, una vecina panadera. La panadera arguyó que no había espacio para la niña ni dentro de la casa ni en la cocina, pero como ella insistió en quedarse, aceptó alojarse en “la tejabana del horno donde se hacía el pan, de ahí pasé a la cocina”, hasta que finalmente un día “dormí en una de las recámaras de la casa”. El trato inicial comprendía que Cirila la ayudaría a vender el pan y la leche que producían sus vacas. Por cada peso vendido, Cirila obtendría 10 centavos, con ello compraría sus útiles escolares y cubriría otras necesidades. A las cinco de la mañana, la pequeña chatina partía para vender el pan amarillo; a su regreso, dos horas después, iniciaba la venta de 15 litros de leche; a las nueve ya estaba en la escuela y volvía de clases a las 12 para tomar una taza de café y un plato de frijoles. La rutina duró mientras Cirila terminó el año escolar.

En esos días, su tía Salustia –hermana de su mamá– llegó a vivir a Juquila, “prácticamente huyendo de un matrimonio arreglado con el

que no estaba de acuerdo”. Cirila fue reacomodada con ella hasta que terminó la primaria, justo cuando tenía 13 o 14 años. Las estancias en las diversas casas, incluida la vida con Salustia, no estaba ajena a los quehaceres de la casa. Aquellos años fueron muy difíciles, pues la tía le aplicaba una férrea educación, así que para tener dinero y mantener sus estudios, a veces trabajaba “de entrada por salida” en algunas casas.

### **A la oportunidad la pintan calva**

Al terminar la primaria, tía y sobrina se trasladaron a la ciudad de Oaxaca, allí Salustia buscó inscribirla en varias escuelas, pero los exámenes eran difíciles, “estaba muy mal preparada. Sólo pude ingresar a la secundaria privada ‘Abraham Castellanos’, costaba poco, entre 40 y 60 pesos mensuales, de otra manera ni pensar en poder pagar esos estudios”. Para sostener su educación, Cirila trabajó como galopina en los portales y en una casa donde servían de comer. Fue la época en que se formó el Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca (IIISEO). La institución estaba destinada a ofrecer alternativas de desarrollo para jóvenes que hablaran alguna lengua indígena, y Cirila

aprovechó la oportunidad y estudió para promotora cultural bilingüe, con equivalencia de secundaria. De vuelta en Santa Cruz, su casa, con 18 años de edad, Cirila era una de las mujeres “más letradas” de la comunidad. Por sus niveles de estudios, el Consejo de Ancianos pidió su apoyo para fungir como secretaria de actas. Sin pago alguno, lo hizo durante dos años, “incluso fui electa como agente municipal, pero no lo pude cumplir porque el IIISEO me daba la posibilidad de estudiar la carrera técnica de Auxiliar en Promoción Social”. El propio Consejo la apoyó con una carta al Instituto solicitando una beca para esta indígena que mantenía –y mantiene– su lengua materna: el chatino. Durante tres años, Cirila aprendió “de todo un poco”.

### **La guerra cuerpo a cuerpo**

Con 23 años, Cirila regresó a Santa Cruz luciendo un empleo en el Programa Nacional de Castellанизación, y en poco tiempo ascendió a la Dirección Regional de Educación Indígena de Juquila, “sin nombramiento, ni la remuneración correspondiente para no lastimar susceptibilidades, pues los maestros decían que yo ni maestra era para que los vigilara, que cómo era posible que a una indígena le hubieran

**“Creo que lo más importante del trabajo de Cirila es que siempre está con la gente, su gente, no como los otros políticos que vienen, buscan el voto y ya no vuelven, con ella las cosas son diferentes”, explica Cecilio Calvo, tejedor de hamacas de Río Grande, donde ahora ella explica el proyecto de la cría de venado.**



dado la plaza. En fin, estaban indignados todos”.

A pesar de las quejas, se mantuvo durante 12 años en el cargo. Corroboró y combatió a maestros de Educación Indígena sin escrúpulos, que sin mayor compromiso docente asistían a las comunidades sólo dos veces al año: una para que las autoridades municipales les sellaran sus documentos de inicio, y otra para la clausura. Levantó alrededor de 500 actas de abandono de empleo, lo que ocasionó que Cirila terminara sin trabajo.

Región rica en maderas, la tala desmedida fue otro de los focos rojos que atendió. Dos grandes compañías depredaban los bosques con engaños a las comunidades. Dejaban los cerros pelones, causando daños al medio ambiente y sin beneficio alguno para los habitantes. “Por eso empezamos a deslegitimar los contratos con estas compañías. Entonces era fácil, porque la Ley Agraria decía que la máxima

autoridad era la asamblea de comuneros o ejidatarios y así, sin más que lo que dice la ley, determinábamos finiquitar los contratos con las empresas. Fue una lucha sorda. En varias ocasiones cerramos las brechas y les impedimos que sacaran la madera. Alguna vez estuvimos en situaciones difícilísimas. El gobernador en ese entonces amenazó con mandar al ejército y pidió mi presencia. La gente de Santa María Yolotepec dijo: ‘Si el gobernador quiere hablar, pues que venga personalmente, aquí lo esperamos’. Hubo mucha tensión en aquellos días, yo veía a los hombres y a las mujeres decididos a todo. Pero encontramos la forma de solucionar las cosas sin necesidad de llegar a la violencia.”

### **Mujer de carácter y madre soltera**

Cirila reconoce que entonces era una mujer joven, con mucho carácter, valor y fuerza. “También corrí

con suerte, sabía que le estorbaba al sistema y a los caciques, había muchas amenazas sobre mí, pero no dimensionaba el peligro. Pudieron haberme matado, pero no llegaron a tanto.”

En medio de aquel recorrido permanente, de subir y bajar montañas, de visitar pueblos, Cirila decidió tener un hijo, “era mi último tren”, dice con una amplia sonrisa en los labios. A los casi 27 años, una mujer indígena es prácticamente una “solterona”. Abraham vio la luz en 1979. La ardua actividad que desarrollaba no la dejó convivir con una pareja, y “aunque era como un pecado tener hijos de regalado, como dicen por allá, me enfrenté sola a mi maternidad”, siempre con la ayuda de Salustia. Años después tuvo otra pareja. Con él vinieron sus hijas Eréndira –1986– y Cecilia –1989–. Sin detener el ritmo, metida de lleno en la política, viviendo un poco en Oaxaca y después en la ciudad de

México, tampoco duró mucho la relación. Sólo la tía Salustia estuvo siempre a su lado, ella prácticamente crío a sus hijos, y por eso la reconocen como la abuela.

### **Primera y única: mujer, indígena, chatina**

Como fruto de la confianza que sembró entre las autoridades y con la gente, un partido político le propuso la candidatura a diputada local. Pensó que si “era diputada, a lo mejor podía resolver muchas injusticias que había visto durante todos estos años de trabajo, por lo que prácticamente sin saber a qué me metía dije: Bueno, está bien.” Cirila Sánchez Mendoza se convirtió en la primera mujer indígena chatina –y la única hasta ahora– en ser diputada local de la LII Legislatura para el periodo 1983-1986, la única entre 24 diputados, número que componía entonces al Congreso local. Su trabajo como legisladora local, como

diputada federal (1989-1991) y como Senadora de la República (1994-2000) se caracterizó por la permanente gestión en las comunidades oaxaqueñas, sobre todo en aquellas donde el abandono marcaba la vida de las personas. Aunque reconoce que hubo sinsabores, pues “este trabajo no siempre es agradable. El problema es que el tiempo pasa, una vez que muchas cosas siguen igual, que los indígenas siguen siendo marginados y una se queda con la ilusión de cambiar. Para muchos políticos y autoridades es más importante el poder, que la gente, menos aún cuando se trata de indígenas. Lo primero que pensé cuando iniciaba aquellos periodos (1988-1991 y 1994-2000) fue en regresarme a mi casa, pero luego le vas tomando sabor a las cosas y quieres que el tiempo no se te acabe”.

### Un anhelo cumplido: mirar de frente

En su casa, Cirila aún se baña con jícara y encuentra placer en detenerse en un río para lavar su ropa, porque así lo aprendió desde niña; dice que la responsabilidad y la dedicación al trabajo son sus elementos fundamentales, sin despegarse nunca del arraigo a las costumbres que favorecen a los pueblos, a lo que es como persona, como indígena.

En el 2000, Cirila sufrió una hemiplejía que le dejó paralizada la mitad del cuerpo. Como chatina y creyente considera que “el que la hace, la paga” y por si ella debe algo en la vida “me da gusto haber sufrido en carne propia, así no le voy a pasar a nadie la factura”. En proceso de recuperación desde hace cuatro años, Cirila no cesa, y ahora promueve programas de

desarrollo sustentable, por lo que continúa gestionando apoyos en el estado. Cada día, explica su sobrino Javier Sánchez, recibe a más de 20 personas. “Ella es una mujer muy disciplinada, que sabe escuchar y busca siempre la forma de conciliar, nunca se confronta incluso con aquellos que ‘no la ven bien.’”

“Creo que lo más importante del trabajo de Cirila es que siempre está con la gente, su gente, no como los otros políticos que vienen, buscan el voto y ya no vuelven, con ella las cosas son diferentes”, explica Cecilio Calvo, tejedor de hamacas de Río Grande, donde ahora ella explica el proyecto de la cría de venado. “Tengo 20 años de conocerla. Mírela ahora —y mueve su mano indicando hacia donde Cirila inicia una reunión con mujeres— está trabajando,

picando piedra, buscando alternativas, cuando debería estar en terapia, descansando en su casa, recuperándose de su enfermedad.”

El mayor anhelo de Cirila fue “siempre ver de frente a la gente, sin esconderme por haber hecho algo malo. Ahora me saludan con entusiasmo, con afecto. Cuando camino en las calles de Oaxaca me paran y me dan abrazos de agradecimiento y eso es muy importante para mí, pero sobre todo para mi hijo y mis dos hijas”.

Y añade que “mientras no se resuelvan los problemas de las comunidades indígenas, este país no estará completo. A los indígenas, como a las mujeres, se nos debe mucho en México”.

“Pienso que estamos en el camino y que tenemos que cambiar, pero todos juntos.” Queda claro que ella seguirá haciendo su parte. **M**

